

Anticipo

Vistas de la ciudad

JOSE CARDOSO PIRES

Antes, mucho antes ya de Fernando Pessoa, los paseos de la ciudad estaban decorados con dibujos hechos piedra a piedra por generaciones y generaciones de empedradores, a los que nosotros llamamos «calseiteiros». Han sido y continúan siendo artistas sin firma, pero hábiles y pacientes como nadie.

Con su pequeño martillo escogen con cariño los pequeños pedazos de granito y los implantan en la blanda de la calzada como el que implanta un diamante. Diseñan formas y decoraciones caprichosas, son maestros en imaginar figuras y adornos nuevos y, si es necesario, hasta dibujan inscripciones caligráficas con

un rigor de manual. Sin duda alguna, podríamos llamarles los joyeros de la calle, porque con su trabajo convierten las calles, por las que los lisboetas pisamos todos los días, en una obra de arte.

Sus diseños tienen mucho que ver con nuestra historia de hijos del mar, de navegantes. Naves, delfines, anclas y cruces de Cristo figuran en el empedrado de muchas plazas. En una de ellas, frente al Tajo, hay incluso una esfera armilar del tamaño de los océanos.

Además, en esta ciudad hay un extraño matrimonio entre los dibujos de los paseos y los azulejos artesanos que adornan las paredes. Un caminante puede levantar los ojos

de una figura que acaba de pisar y verla de nuevo un poco más adelante en azulejos de vidrio y con una configuración muy diferente. Las flores, por ejemplo. No faltan en nuestras calles las flores labradas con el martillo de los «calseiteiros», pero también los palacetes y las viviendas Arte Nova las eligieron como paneles decorativos de coloridos espectaculares. Y lo que digo de las flores, podría decirlo de los pájaros o las mariposas y los pavos reales que nos salen al paso bajo nuestros pies o se se yerguen ante nuestros ojos en la decoración de las fachadas.

Hay que prestar atención cuando se baja hacia el metro, porque debajo de los dibujos de la calzada pueden encontrarse versos dedicados a saludar a los viandantes.

«¡Ojalá no muriese nunca y pudiese buscar eternamente y conseguir la perfección de las cosas!». Este es el saludo de Cesario Verde, impreso en los azulejos de la entrada de una estación, como una dedicatoria del viaje que se va a iniciar. Que me perdone Cesario, pero quizás estos versos no sean los más apropiados para el lugar, aunque, por el mero hecho de haber sido escritos por uno de los poetas que

mejor cantaron a Lisboa, sólo por eso ya merecen figurar allí.

Viajar en metro en Lisboa es recorrer estaciones llenas de arte. En la de la Avenida un mural de Rogerio Ribeiro, donde la geometría se hace corazón. Más adelante aparece un Sá Nogueira jovial y alegre, jugando con sabrosos frutos, como quien juega con dones del paraíso. Y a continuación, azulejos de Maria Keill, Cargaleiro, Eduardo Nery y, cuando llego a la Ciudad Universitaria, toda la estación está iluminada con pinturas de Vieira da Silva. Esta gran artista lisboeta dejó su firma en un autorretrato en forma de buho, en un cuadro dedicado a la «Lisboa azul», que fue una de las Lisboas que ella más amó, así como en personajes extraños rodeados de letras sueltas. En un lugar discreto aparece también una vieja máquina de escribir y ante ella una mano suelta en el aire.

Aislado como está este objeto-reliquia me hace pensar en su significado. Quizás sea el ex-libris del convoy subterráneo que, entre dos versos de Cesario y un retrato de Camoens en el juicio final, atraviesa la literatura de un país. Quiero decir toda la literatura, porque el hall de la estación de Campo



La silueta recuerda a la figura de Pessoa en un imaginario paseo por las calles de Lisboa y sus cafés.

Grande está decorado con una biblioteca simbólica que Bartololeu dos Santos diseñó al agua-fuerte en marmol blanco. Y en ella no falta de nada. Desde el siglo XII hasta los escritores vivos, aquellas piedras gravadas son una memoria que hay que venerar. En un lugar de honor, *Las Lusíadas* y *La Oda marítima*, dos monumentos de nuestra gloria.

Pero no sólo en este homenaje aparecen juntos Camoens y Pessoa, los volveremos a ver más adelante de la mano de Julio Pomar. Será en la estación del Alto dos Sete Moínhos, donde están acompañados de Bocage y de Almada Negreiros.

Sigo adelante en este viaje subterráneo a través de las artes y de las letras y, a medida que van pasando los murales y los pasillos de azulejo de los apeaderos, me siento cada vez más unido a la Lisboa que corre por encima de mi cabeza, a cielo abierto. Si los metros suelen ser convoyes ciegos al mundo que les rodea, éste que me conduce parece querer resistirse a ese sino. Es cierto que me lleva en soledad subterránea, pero me va recordando la ciudad en la que vivo, los colores y el arte que la habitan.